

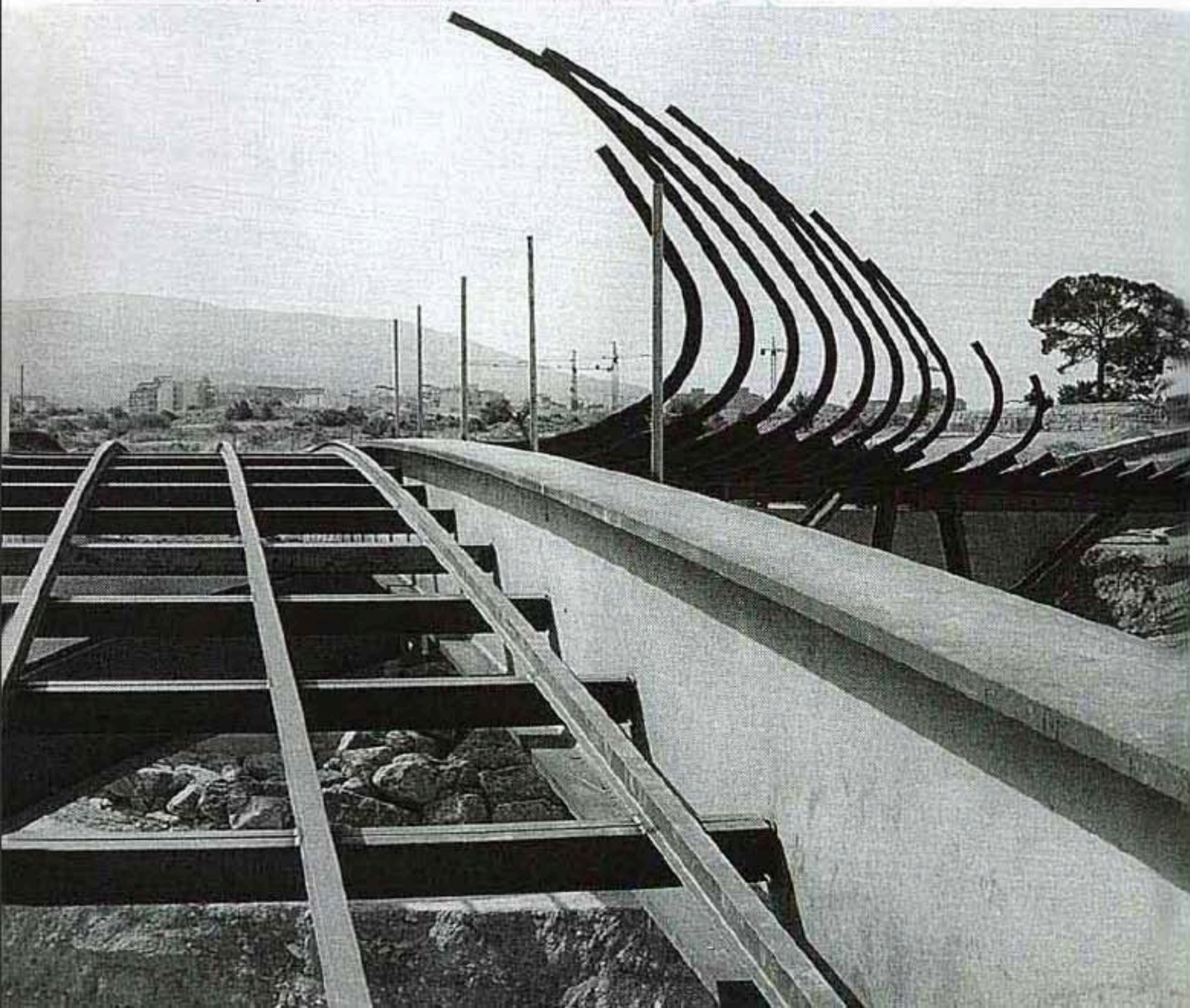
Infinito y realidad: un grito en el silencio

A propósito de Carme Pinós /

Silvana Paniagua

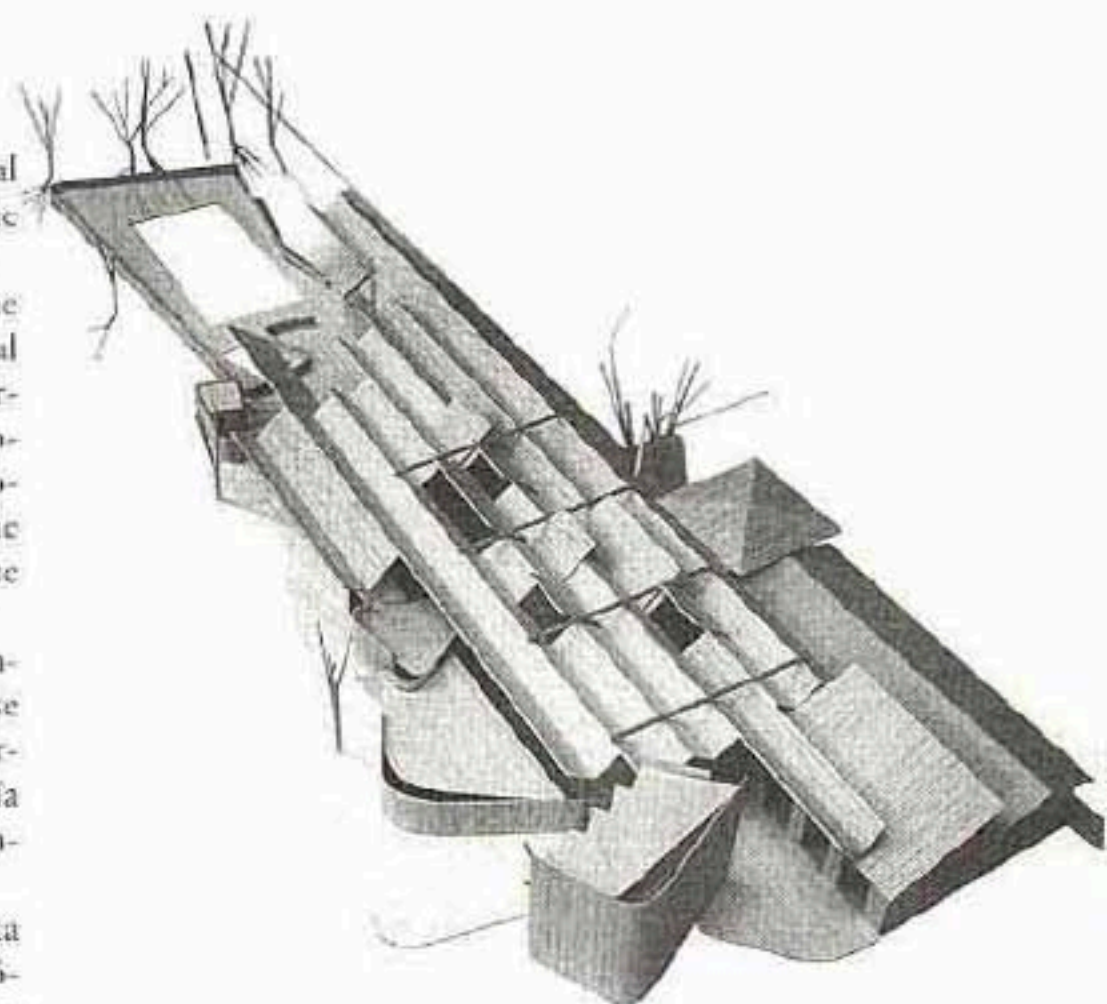
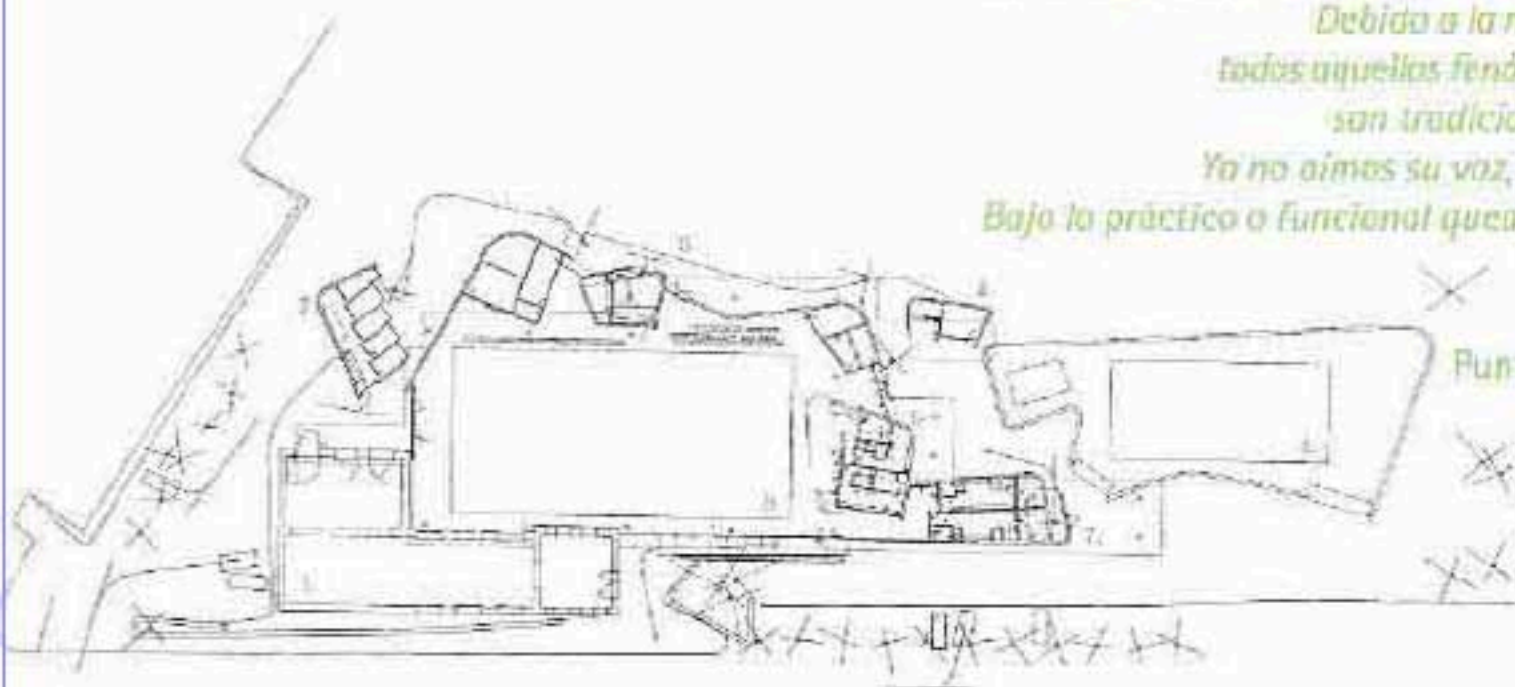
Asistente de Johanna Lozoya en el Centro
de Investigaciones y Estudios de Posgrado
de la Facultad de Arquitectura, UNAM.

Carme Pinós, Pasarela peatonal en Petres, Alicante, durante su construcción, 1998.



"El sonido, por así decir, del silencio cotidiano es un estridente que llega o impone a las otras propiedades. Debido a la monotonía de su lenguaje, todos aquellos fenómenos que por lo común son tradicionales se vuelven mudos. Ya no oímos su voz, nos envuelve el silencio. Bajo lo práctico o funcional quedamos tendidos sin vida."

Wassily Kandinsky
Punto y línea sobre el plano



Carme Pinós. Polideportivo en Mont Sarrouis, 1995.

El punto nace del choque (instrumento-superficie), y al cobrar vida en el plano genera un trazo bello y único que habla de la memoria infinita de la mano de Carme Pinós.

El trazo, ahora único y con vida, es un paradigma que encierra distintos mundos en sólo dos dimensiones; pero, al ser entendido, llega incluso a ser espacio en la tercera y cuarta dimensión. El trazo grita su autonomía como un concepto libre, recién concebido por Carme, pero también se dobla ante la posibilidad de crecer y ser la piel que contiene la esencia humana en movimiento; una piel de concreto que constituye la prótesis del hombre que la habita.

El dinamismo del trazo lleva a un desarrollo y comprensión tectónico de la arquitectura, y hace que cada material se acomode por sí sólo en un orden comprensible por su entorno y la naturaleza misma. La cotidianeidad de la geometría plana y perfecta (euclidiana, luego platónica) hace al silencio; Carme hace la palabra.

El interior-exterior se integra en una sola obra, pues esta nueva piel que Carme ha concebido para el espacio no es sólo la carne (concreto, acero o madera), es el límite entre dos mundos simultáneos que viven en la estridencia de la cotidianeidad; pero no es un límite que repele a estos mundos y aísla; por el contrario, los conecta y fusiona. El límite no es invisible y grita su existencia en el silencio perpetuo de la monotonía de la vida moderna.

El objeto arquitectónico, el muro, se hace presente como un contenedor-conector de espacios, fraccionando la comprensión del horizonte, o tal vez, resaltando la condición preexistente a la arquitectura. No se trata sólo de la topografía imperante y el medio sobre el cual esta nueva criatura ha decidido vivir; se trata de un nuevo paisaje que se rinde homenaje a sí mismo por medio de incisiones, pliegues y movimientos que no representan una delimitación sino la integración en un todo.

Cada obra arquitectónica es, entonces, una consecuencia del hombre, pero sobre todo consecuencia formal del espacio sobre el cual se emplaza y adueña; es parte de un ciclo dinámico: entorno y obra (interior/exterior) son uno mismo y, por lo tanto, la obra tiene características inherentes al paisaje, pero ahora como parte del todo también le ha transmitido parte de su esencia a esa unidad. Ahora son inconcebibles el uno sin el otro y al mismo tiempo su autonomía y belleza se reflejan de forma independiente.

La obra misma está concebida como una extensión del hombre, una prótesis que funciona según el usuario que

Carme aprehende en su entendimiento. Es entonces cuando el ciclo se ve completo: hombre, piel y paisaje conviven de manera simultánea en la realidad cotidiana en constante movimiento y transformación. Carme ha rechazado la estaticidad y monotonía del silencio y su obra suena en una infinidad de matices completamente nuevos.

El murmullo de los muertos en el Cementerio de Igualada se impone ante el silencio de los vivos y sólo persiste como una melodía en el horizonte, etérea y fantásticamente corpórea, o simplemente es un sonido directo que nos dirige hacia un punto en el espacio, como su obra en el conjunto JVC de Guadalajara. En otros casos, como en las cubiertas en Parets de Vallés, es una melodía dispersa y cambiante que lleva hacia el horizonte, hacia un punto aparentemente inexistente o muy lejano. Los caminos se bifurcan en un sinfín de ritmos y sensaciones, y uno tras otro los muros marcan el sonido de esta armonía viva.

Y es este sonido (murmullo o grito) el que nos devuelve la vida en un instante; la arquitectura ya no es muda. Y con este trazo, Carme vuelve a cerrar el ciclo. ☞